

Martínez Estrada en el país de Jauja

Agustín Molina y Vedia*

I.

En 1942, Ezequiel Martínez Estrada visitó los Estados Unidos de Norteamérica invitado por la División de las Relaciones Culturales del Departamento de Estado. El contexto de tal viaje era por demás ambiguo. Por un lado, se enmarcaba en los esfuerzos estadounidenses por entablar un vínculo renovado con el resto del continente bajo el lema de la buena vecindad. Por el otro, la política de neutralidad de los gobiernos de Roberto Ortiz y Ramón Castillo tensaba las relaciones bilaterales. Martínez Estrada recibiría con hastío la expresión de ambas tendencias. Las preguntas referidas a la supuesta adscripción nazi del gobierno no lo irritarían más que la hospitalidad de los agentes culturales del panamericanismo.

Dos escritos publicados póstumamente recogen las reflexiones de Martínez Estrada sobre ese país. Por una parte, su *Diagrama de los Estados Unidos* recorre teóricamente nudos constitutivos de la nación que lo obsesionaban, tales como las relaciones entre los sexos, el territorio, la religión y la técnica. Por otra, su *Diario de viaje a los Estados Unidos* recoge anotaciones dispersas sobre su periplo desde la Costa Este (Miami) hacia la Oeste (Los Ángeles).¹

* Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

¹ Ambos fueron publicados conjuntamente bajo el título de *Panorama de los Estados Unidos*, en una edición a cargo de Joaquín Roy.

El paralelismo de estas obras con sus principales ensayos de interpretación de la realidad argentina, *Radiografía de la Pampa* (1933) y *La cabeza de Goliat* (1940), es evidente. El primero, una discusión obstinada y sesuda de la configuración de una nación. El otro, si se nos perdona un contraste un tanto esquemático, un libro escrito con el cuerpo.²

En Martínez Estrada, sin embargo, el abordaje es indisociable del medio, el método de la materia. Verificar qué problemas lo acompañaban con relativa prescindencia de su terreno de análisis será precisamente la ocasión para detectar las sorpresas que le deparó el ambiente norteamericano y su respuesta ante ellas. Si, como se ha sugerido, abandonamos la idea de un Martínez Estrada blindado, impermeable a los influjos externos como un puritano a los encantos del burdel, sus vaivenes pueden inquirirse como algo más que el reflejo de procesos anímicos internos.

Convocar a estos escritos un tanto soslayados, colocarlos nuevamente en un espacio de atención será uno de nuestros propósitos. El otro será el de escrutar a los Estados Unidos, pero no sólo a partir de lo que Martínez Estrada dijo *de* ellos, sino también por lo que su entramado político, cultural, económico y diplomático produjo *en* él. Martínez Estrada como teórico, por supuesto; pero también como elemento químico cuyas reacciones ante un medio extraño revelan propiedades latentes de ambos términos de la relación.

II.

Objeciones tempranas a *Radiografía de la Pampa* impugnaron su telurismo fatídico, denunciándolo como una variante del determinismo geográfico de sesgo europeísta. Reuniendo, como se usaba en esos días, marxismo y existencialismo, Juan José Sebreli imprecó de forma un tanto esquizoide a Martínez Estrada por desconocer la fatalidad del progreso dialéctico de la historia y la libertad irreductible del hombre.³ Desde ese punto de vista, Martínez Estrada era considerado culpable de

² Seguimos en esta distinción lo expuesto por Pedro Orgambide en su libro *Un puritano en el burdel. Ezequiel Martínez Estrada o el sueño de una Argentina Moral*, Rosario, Ameghino Editora, 1997.

³ Ver su libro de 1958 *Martínez Estrada. Una rebelión inútil*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.

prolongar un modelo de determinación del hombre por su medio físico, ignorando el carácter interactivo de la relación. Esta supuesta negación de la historia se coronaba con la reedición del eterno retorno nietzscheano, condenando de antemano cualquier empresa emancipatoria, siempre pendiente de alguna variante del optimismo.

La injusticia de tal crítica se descubre, por ejemplo, notando la insistencia estradiana en la leyenda de Trapalanda, sueño colonial de abundancia proyectado en la extensa geografía americana. Gisela Catanzaro ha señalado el equívoco: “Y si la tierra es verdadera como muerte es porque ella misma es un gran cadáver históricamente producido. La naturaleza siniestra que se anuncia como tierra-cadáver no es natural, ella es un producto de la conquista, verdadero dato originario del que parte el razonamiento de Martínez Estrada en *Radiografía de la pampa*. La conquista es lo primero, es el punto de partida inexcusable para el análisis de la actualidad americana”.⁴

La historia, por su parte, no es un atributo dado de las sociedades, sino el resultado incierto de un enfrentamiento con lo ahistórico. En *Radiografía de la pampa*, pues, la historia se concibe únicamente bajo la amenaza perpetua de convertirse en su contrario, en naturaleza.

El ferrocarril como medio de desunión, el iluso conquistador europeo como objeto de conquista, la civilización como forma de barbarie, el progreso como involución son otras tantas expresiones de esa dinámica compleja por la cual, en el paradójico y desangelado derrotero nacional, cada fuerza es inficionada por su contrario.

En *La cabeza de Goliath*, los términos del problema se reformulan parcialmente. En línea con su trabajo anterior, Buenos Aires es escrutada como el producto de una utopía racionalista que pretendió materializarse en y contra el espacio virgen americano, permaneciendo como un enclave fundamentalmente europeo. Anticipando en décadas el planteo de

⁴ Gisela Catanzaro, *La nación entre la naturaleza e historia: sobre los modos de la crítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 250. Sería casi imposible, y ciertamente tedioso para el lector, consignar cada uno de los pasajes que dialogan con las reflexiones de Catanzaro. Amén de algunas referencias futuras, dejamos sentada la invitación a la lectura de su trabajo.

Ángel Rama,⁵ Estrada no se dedicó, como su par uruguayo, a perseguir las astucias de la ciudad letrada sino a constatar sus fracasos, entendidos bajo la forma del retorno, no necesariamente eterno aunque insistente, de lo reprimido, de la barbarie indómita.

Sin embargo, un viraje en la operatoria escritural coloca en una nueva perspectiva a la pregunta por la historia. Si en *Radiografía de la pampa* Martínez Estrada se admiraba ante el saber intuitivo de baquianos y rastreadores, en *La cabeza de Goliat* parece decidido a una empresa semejante de adivinación, extrapolada ahora al entorno confuso y ple-tórico de estímulos de la ciudad. Para descifrar las modulaciones de la historia argentina el terreno era la vida cotidiana de su ciudad insigne, su pulso diario, sus lugares de memoria y desmemoria.

En Buenos Aires, Martínez Estrada vio a un monstruo que avanzaba borrando sus huellas, que sólo crecía demoliendo. La construcción del Obelisco sintetizaba el ánimo de una ciudadanía incapaz de relacionarse con su pasado. El desplazamiento del centro afectivo desde la Pirámide de Mayo hacia la 9 de Julio era el triunfo de la abstracción sobre los orígenes, del autismo sobre la expresión vibrante de lo pretérito: “se quiso demostrar que los constructores del porvenir superaban a los constructores de la nacionalidad. Por eso es una obra destructora”.⁶ Más que de un reclamo por la verdad documentada, se trata de un juicio de sensibilidad histórica: “no es visible el mal gusto histórico, y por eso nadie puede ver la belleza de la Pirámide y la fealdad de muchos espíritus exquisitos”.⁷

Al menos desde el ensayo seminal de Ernest Renan, el olvido fue declarado como condición de posibilidad de la forma nación: “el olvido, e incluso diría que el error histórico, son un factor esencial en la creación de una nación, y de aquí que el progreso de los estudios históricos sea frecuentemente un peligro para la nacionalidad. La investigación histó-

⁵ Ver Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Chile, Tajarar, 2004. En la anticipación puede conjeturarse una inspiración, dado que Rama conocía la obra de Martínez Estrada, de la que había sido, ocasionalmente, editor.

⁶ Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat*, Buenos Aires, Losada, 2001, p. 63.

⁷ *Ibid.*

rica, en efecto, ilumina los hechos de violencia ocurridos en el origen de todas las formaciones políticas, incluso aquellas cuyas consecuencias han sido más benéficas (...) La esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también que todos hayan olvidado muchas cosas”.⁸

Retomando esta cuestión primordial, Martínez Estrada advierte los peligros ínsitos en la reconstrucción caprichosa del pasado. No solo por la arrogancia vil de tal empresa, que siempre vehiculiza intereses mezquinos, sino también por su futilidad. El olvido no sutura ni restaña: reabre la herida, obliga a la repetición, prepara el desmadre.

En una paradoja a la que décadas de reflexión nos han acostumbrado, el olvido se revela como una forma de rememoración. Como en la Roma imaginada por Freud al inicio de *El malestar en la cultura*, en Buenos Aires se superponen las edades. Todo lo acontecido se yuxtapone en una psiquis terrenal confusa. De este modo, Estrada se interesa por la “convivencia simbiótica de cuatro ciudades”⁹: la de Pedro de Mendoza, salvaje; la Juan de Garay, valiente; la de 1810, libre y egregia; la de 1880, enclave europeo. Si el ciudadano olvida, si relega al héroe a monumentos ornamentales, no por eso está más cerca de liberarse. Las fuerzas negadas continuarán operando, inadvertidas, condenando a la agitación inmóvil. La vida colectiva, por desgracia, también sabe de neurosis.

III.

En su incursión estadounidense, Martínez Estrada entrevería otras modalidades del olvido, esa sustancia insidiosa. Se figuraría a Norteamérica como una nación sin historia, sin grandes episodios militares y notaría la indiferencia de sus anfitriones por todo lo que él consideraba valioso del pasado estadounidense. El museo de Lincoln, polvoriento y ajado; Henry David Thoreau, Edgar Allan Poe, Jack London, ignorados.

⁸ Ernest Renan, “¿Qué es una nación?”. *La invención de la nación*, Fernández Bravo. Buenos Aires, Biblos, 2001, p. 56-57.

⁹ Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliath*, op. cit., p. 24.

Pero, al mismo tiempo, percibiría una profundidad histórica en las estructuras visibles, en los actos corrientes, incluso en los movimientos aparentemente automáticos de los caminantes de la vía pública. Washington, la ciudad y el prócer, valga la polisemia, se erigiría como el reverso de Buenos Aires: “la impresión patente de una historia subsumida en la vida cotidiana, incorporada por la fluencia ininterrumpida la tuve en Washington”¹⁰. Allí, el héroe era honrado por la claridad de las líneas urbanas, por la armonía de las casas sólo levemente distintas unas de otras. Monumento vivo, comprende Estrada, radicalmente alejado del bronce mortuario. Diferente, también, de la historia documental: “una historia que no ha sido absorbida totalmente por el cuerpo en que se origina, no es historia sino el pasado cronológico, mero asunto para eruditos y narradores”.¹¹

La clave de esta reconciliación entre vivencia corporal e historicidad la encontró en la inflexión particular, excepcional, que adoptaba allí la tradición. En consonancia con lo que anotaría Hannah Arendt poco tiempo después, Martínez Estrada destacó la importancia de un origen nacional que reunía la fundación de un nuevo orden, ligada a la conformación de una tradición local, con el impulso hacia una permanente transformación de lo existente: “la voluntad de crear un mundo nuevo no surge como una inspiración o como un sueño profético, sino como un anticipo condicionado por una larga y provechosa experiencia que llega hasta el hoy. Aquella historia es un lastre, en cierto aspecto, porque impide -casi materialmente- la posibilidad de arrojarse en nuevas vías de experimentación, en lo revolucionario, por ejemplo. Pero la ‘continuación’ de lo tradicional implica ya un plan revolucionario si significa una desobediencia civil, según el claro concepto con que lo explica un grande norteamericano, Henry Thoreau, mucho antes que Gandhi. Esta vida sin revoluciones es una lenta, vasta revolución”.¹² La estabilidad del orden social estadounidense, que lo asombraría tanto como a otros

¹⁰ Ezequiel Martínez Estrada, *Panorama de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Torres Agüero, 1985, p. 166.

¹¹ *Ibíd.*, p. 165.

¹² *Ibíd.*, p. 160.

pensadores visitantes, descansaba justamente en su capacidad para la innovación. Para Martínez Estrada el avión era el invento que mejor expresaba el carácter norteamericano porque convertía al aire en apoyo suficiente para un cuerpo portentoso, dando muestras de una habilidad inédita para transformar cada término en su contrario. Cuando todo lo sólido se desvanece en el aire, el sistema perdura justamente porque se adapta a la materia informe. Tres años después de la estadía de Martínez Estrada, aviones norteamericanos surcarían los cielos japoneses para liquidar un número literalmente incalculable de vidas, y los de Dresde, en apoyo de la Real Fuerza Aérea británica.

En cualquier caso, lo que nos interesa por el momento es la idea estradiana de una relación intensa con el pasado que sólo es posible a partir del olvido. Evidentemente, no se trata en este caso del escamoteo de lo que resulta doloroso o conflictivo para la comunidad. Antes bien, alude a lo que se omite porque está vivo, a un pasado que no se recuerda porque persiste en el presente bajo la forma del proyecto, mapa inicial que es también horizonte destinal. Aquí también hay interpenetración de los opuestos: la historia hecha vida, la vivencia de profundidad secular, el pasado como perspectiva.

No es tampoco el olvido dañoso que lo alarmaba en su propio país. En la Argentina, los progresistas “veneran un pasado que modifican a su antojo y que consiste casi siempre en arrasar con la verdad y la realidad superviviente (enclavada en tierra) para adorar regularmente una ficción empotrada en una cláusula retórica”.¹³ La reconstrucción mentirosa e intencionada era, en Buenos Aires, la contraparte necesaria del olvido. Fue la experiencia norteamericana la que convenció a Estrada de reevaluar esa relación, concluyendo que en ese caso “hay un gran respeto por la verdad, en el olvido”.¹⁴

¿Cómo entender estos resultados dispares? ¿Qué hace virtuoso a un círculo y vicioso al otro?

¹³ Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat*, op. cit., p. 74.

¹⁴ Ezequiel Martínez Estrada, *Panorama de los Estados Unidos*, op. cit., 167.

Se ha argumentado que la única diferencia nacía de los propios prejuicios de Martínez Estrada, empecinado en trazar comparaciones denigrantes. Así, David Viñas lo acusó de apoyarse “en las vetustas convenciones de que la negatividad de América Latina, que denuncia a cada paso por contraste o directamente, tiene su raíz indiscutible en la latinidad. Y en la conquista española”.¹⁵ Hipótesis verosímil, aunque desmentida por la ambigüedad palmaria con la que Martínez Estrada recibió las impresiones favorables que le causó la sociedad norteamericana, ocurridas casi a su pesar. Valdría disputar, a su vez, la certeza de que el presupuesto de la superioridad de lo angloamericano sobre lo hispanoamericano subyace a todos sus juicios comparativos.

Revisar su evocación metafórica del territorio como cuerpo de la nación permite comprender el sentido de su elogio de lo estadounidense, pero también sus límites infranqueables.

Para Martínez Estrada, recordemos, el hecho eminente de la realidad argentina era la soledad, el vacío. Un plus de territorio no poblado que remarcaba el desajuste entre geografía y organización social. De ahí la incapacidad para erigir una nación vigorosa: “sólo es grande una nación cuando está poblada, pues la superficie tiene sentido únicamente con relación al hombre que la ocupa y al funcionamiento regular, dentro, como órganos vivos, de sus instituciones”.¹⁶

Por una fórmula ya célebre, Martínez Estrada explicó la grandeza de Buenos Aires como el efecto de una frustración original y perpetua para edificar una nación. El resultado era un cuerpo inmenso de cabeza decapitada, un organismo monstruoso y descoyuntado.

¹⁵ David Viñas, *Viajeros argentinos a Estados Unidos*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2008, p. 336. En el capítulo dedicado al viaje de Martínez Estrada, Viñas interroga las razones de su retrato medianamente positivo de los Estados Unidos y propone, con su proverbial malicia, la siguiente explicación: “como si el traqueteo del avión o las contrariedades meteorológicas hubieran obnubilado la capacidad crítica de Martínez Estrada que, al fin de cuentas, venía de publicar *La cabeza de Goliat*. Es una hipótesis benévola”. Como tendremos oportunidad de ver en la sección dedicada a su método, el propio Martínez Estrada inquirió en la posibilidad de que el medio norteamericano paralizara su vocación crítica. Tal y como sucedió en otros casos, Martínez Estrada se adelantó a las críticas de sus detractores con ejercicios introspectivos aun más exigentes.

¹⁶ Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Eudeba, 2011, p. 126.

Ya antes de su visita, Estrada se había interesado por el modelo de colonización norteamericano en virtud de su contraste con la apropiación latifundista predominante en la Argentina, fuente de aislamiento y desamparo. La expansión de los pioneros hacia el Oeste se invocaba como ejemplo de una empresa exitosa de construcción nacional en un territorio de dimensiones extraordinarias: “cosa distinta, sabían aquellos pobladores, es vencer por presión continua que por asalto. Luchando el hombre, al par de la mujer y el hijo, no se apartaba de la casa que dejaba atrás. Volteaba la selva, tendía puentes, labraba teniendo en cuenta esa unidad social y religiosa que ampliaba (...) alejarse no era separarse, sino unirse”.¹⁷

La estadía en Norteamérica profundizaría esta admiración. Rápidamente, constataría la imposibilidad de conocer al país a partir de una única ciudad. Era preciso recorrer varias: pasó por Miami, Washington, Chicago, Boston y New York, entre otras. Chicago fue la que menos le gustó, porque le recordó a Buenos Aires. Pero era una entre muchas, un punto en una constelación pujante: “cada gran ciudad y cada pequeña aldea es, pues, al mismo tiempo, un núcleo pletórico y un punto de esa circunferencia cuyo centro está en todas partes del país y en cada uno de sus habitantes -y en ninguno”.¹⁸ En esa distribución armoniosa de la población, descrita en términos que no hubieran desagradado a Borges, residía para él una de las claves del éxito estadounidense.

Este panorama lo despertó a la idea, tal vez habría que decir a la sensación, de una configuración orgánica sin jerarquías cristalizadas, sin ablaciones ni amputaciones. La nación norteamericana aparecía así como un conjunto de operaciones y movimientos fisiológicos desprendidos de las tribulaciones del alma. Pero aquí el máximo elogio descubre su faz crítica. Ese cuerpo vigoroso, sin centro, era también un cuerpo desalmado y, aunque no decapitado, acéfalo.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 133.

¹⁸ Ezequiel Martínez Estrada, *Panorama de los Estados Unidos*, op. cit., p. 227.

IV.

Repasando su diario de viaje, se torna evidente que Martínez Estrada desarrolló una creciente irritación ante los modos convencionales, las frases hechas, las “ideas-fórmulas” de sus interlocutores. El intento de un grupo de mujeres americanas de sacarlo a bailar terminaría de sublevarlo: “Pero por nada del mundo haría un papel ridículo y además estoy un poco fatigado de frivolidades y estupideces (...) todo lo que es convencional, fingido, me repugna”¹⁹. Esas estupideces eran simples normas de cortesía, y Martínez Estrada un descortés. Un amargo.

Civilización. Ésa era la clave para comprender la superficialidad y codificación de los encuentros, las normas de urbanidad, la despreocupación general de la vida norteamericana y su multiplicación fabulosa, en sentido vertical y horizontal, de mercancías. En comparación con Rusia, la civilización norteamericana “presenta un fundamento más sólido por cuanto se apoya en la estructura misma del progreso material sin posibilidad de perturbaciones espirituales...”²⁰ Rusia, en cambio, contaba con el atractivo de un posible encuentro, sin precedentes, entre máquina y pathos.

El fervor práctico estadounidense, por lo tanto, no era sin el languidecimiento de las facultades especulativas. En este sentido, Martínez Estrada retoma la polaridad entre civilización y cultura, asociando el primero de los términos con la ciencia, la técnica y los modales, y al segundo con la profundidad de la vida espiritual.

Sin embargo, Martínez Estrada reinterpreta dicha polaridad como una tensión interna de la propia cultura. Siguiendo implícitamente la idea durkheimiana de que la disposición para la cooperación práctica exige una renuncia a las formas radicales de educación espiritual, Estrada afirma: “si la cultura tiene dos dimensiones: extensión y profundidad, el norteamericano no la concibe sino proyectada extensivamente; nunca como un perfeccionamiento exhaustivo del yo”.²¹ El individualismo

¹⁹ *Ibíd.*, p. 114.

²⁰ *Ibíd.*, p. 155.

²¹ *Ibíd.*, p. 204.

norteamericano se separa, de esta manera, del ideal humanista y eminentemente europeo consagrado al cultivo simultáneo de todas y cada una de las capacidades especulativas del hombre.

Como ha señalado Catanzaro, la crítica de la *Civilization* no encuentra en Martínez Estrada un complemento en la exaltación nostálgica de la *Kultur*. Antes bien, Estrada advierte la aparición de formas culturales perfectamente ajustadas a la lógica utilitaria de la civilización.²² El planteo estradiano, por lo tanto, incita a interrogar la polisemia del término “cultura”, índice de tensiones que desbordan el mundo de los conceptos, más que a dar por descontada su obsolescencia ante el avance del complejo civilizatorio.

En una conferencia de 1958, Theodor Adorno, cuya residencia en los Estados Unidos fue contemporánea de la visita de Martínez Estrada, distingue dos ideas de cultura, en un intento por sintetizar el hiato entre la experiencia europea y la norteamericana. A la primera corresponde la noción de *Kultur*, entendida como protección de la naturaleza y ejercicio de las más elevadas cualidades artísticas. La segunda, en cambio, remite a la *Culture*, comprendida como una fuerza de configuración de la realidad abocada al dominio técnico progresivo de la naturaleza. La *Culture*, por tanto, resulta perfectamente compatible con la abundancia material capitalista.

Abundancia objetual que, previsiblemente, fascinó a Martínez Estrada. En una de las primeras entradas de su diario leemos: “En un pedazo de pared hay veinte objetos; en una vidriera, cien cosas; tabaco, vitaminas, *pads* para los pies, etc. Como las asociaciones de ideas, tan caprichosas, así los objetos (...) Comunican alegría y disponen a comprar y gastar. No se puede ser avaro si para vivir se precisan tantas cosas. Lo *standard* no es la uniformidad en el uso de una misma cosa, sino el tono general, el estilo, la clase”.²³ Ante semejante espectáculo,

²² Es en este sentido que Catanzaro indica: “Antes que de una decadencia de la espiritualidad, la muerte que emana de la civilización mecánica en plena vitalidad está asociada al surgimiento o la potenciación de una espiritualidad plenamente adaptada y uniforme, que puede existir bajo la forma de la más absoluta diversidad en sociedades de masas en las cuales el control se ejerce menos por conformación de la subjetividad que por adaptación y reproducción de la subjetividad vigente, predominante”. Gisela Catanzaro, *La nación entre la naturaleza e historia: sobre los modos de la crítica*, op. cit., p. 270-271.

²³ Ezequiel Martínez Estrada, *Panorama de los Estados Unidos*, op. cit., p. 37.

podía diagnosticarse la conformación de un circuito inexpugnable de felicidad mercantil culturalmente anclada. No faltan guiños de Martínez Estrada en ese sentido.

Y, sin embargo, en sus ensayos encontramos también la intuición vaga de que tal circuito excluía las notas más vibrantes e intensas de la cultura norteamericana. El olvido de Thoreau, de Emerson, de Poe y Whitman difícilmente fuera mero sinónimo de incorporación orgánica. Aunque de posición equívoca, esa literatura, canónica y descentrada a un tiempo, mentaba la constitución de un núcleo contestatario que se alzaría contra el reino pujante de la abundancia, en el siglo XX como en el XIX.

Así lo entendió Adorno: “Ésta es la razón por la cual no existe a lo largo y ancho de la cultura americana un concepto de espíritu que pudiese relacionarse sustancialmente con el nuestro, y que allí donde en América encontramos espíritu en el sentido europeo, éste aparece de antemano como un espíritu de oposición, como inconformismo, en el tiempo de Edgar Allan Poe y después en Concord, con Emerson y Thoreau, y no de modo distinto en tiempos de Melville o incluso hoy en la literatura americana de vanguardia”.²⁴

En el seno de la *Culture*, el retorno de todo aquello que Martínez Estrada admiraba profundamente –no de lo que, como veremos, admiró superficialmente– ya no sería *Kultur* sino *counterculture*, contracultura.

En efecto, no todos los norteamericanos habían olvidado a sus poetas, filósofos y naturalistas. En el '42, Jack Kerouac, aún miembro de la marina mercante, empezaba a escribir su primera novela, titulada *El mar es mi hermano*; Allen Ginsberg terminaba la secundaria y se apresuraba a ingresar a Columbia, universidad de primer rango de la que sería oportunamente expulsado; Williams Burroughs coqueteaba con la locura y la muerte, pero esquivaba a ambas (su esposa correría peor suerte). Ellos, junto con muchos otros de su generación, despertarían lo que Martínez Estrada, entre sorprendido y resignado, creía definitivamente

²⁴ Theodor W. Adorno, “Kultur y Culture”, *La torre del virrey*, N° 3 (2007), p. 6.

perdido y olvidado. Thoreau en la ciudad, resumiría Kerouac.²⁵

Para experimentar con esa rehabilitación, empero, había que ser joven y estadounidense. Y a Ezequiel Martínez Estrada, bien lo sabemos, jamás le había interesado ser ninguna de esas dos cosas.

V.

Más allá de la reflexión pasajera de Pedro Orgambide sobre la matriz corporal de *La cabeza de Goliath*, debemos a Christian Ferrer la elaboración más sugerente del lugar que la percepción somática ocupó en el derrotero intelectual y vital de Martínez Estrada. Esta impronta fue resaltada por el propio Estrada, que atribuyó el mal epidérmico que lo afectó desde 1951 a 1955 a una reacción sintomática frente a la enfermedad que aquejaba a la Argentina, a saber, el peronismo.

Su periplo caminante no puede, pues, confundirse con el andar de los bohemios franceses del siglo XIX, ni con el de los poetas románticos de Albión: “Como Martínez Estrada entendía a la mente como un órgano del tacto, no hay distancia posible con la ciudad. Nuevamente, lo que diferencia al paseo del *flâneur*, arquetipo arcaico, de la deriva estradiana, es el tipo de distancia crítica concernida: máxima en un caso, nula en el otro. El paso de uno conduce a la ojeada estética, el del otro, a una suerte de relevamiento carnal. La consecuencia: una persona es la ciudad toda”.²⁶

A su vez, Ferrer destaca la inflexión amarga de su quehacer, la acrimonia con que se enfrentaba ante las cosas del mundo. Emerge así la idea de un método amargo: “La amargura, fatalidad vital, era el encaje con que tamizaba acontecimientos, lecturas y objetos cotidianos”.²⁷

Ahora bien, esto plantea una tensión entre el método somático y el método amargo, oportunamente señalada por Catanzaro: “Un verdadero método carnal, un contacto efectivamente ‘desenguantado’ ¿no

²⁵ Ver Jack Kerouac, *Los subterráneos*. Barcelona: Anagrama (1997), p. 45.

²⁶ Christian Ferrer, “Soriasis y nación”, *Artefacto*, N°3 (1999).

²⁷ *Ibíd.*

hubieran exigido también una desfiguración de ese Yo que Martínez Estrada parece exaltar continuamente?”²⁸ La pregunta es, entonces, por la posibilidad y la imposibilidad de conjugar una apertura radical a los estímulos del mundo y un anclaje identitario severo.

El propio Martínez Estrada, ajeno por razones obvias a las lenguas que, desde algo así como la década de los '60, decretaron la muerte a plazos del Sujeto, no ignoró el problema. La coexistencia de la voluntad de perseverar en el propio ser y la disposición, siempre riesgosa, al roce directo con el medio circundante recorre su diario norteamericano. Ya en una de sus primeras entradas hallamos el testimonio de una experiencia de desubjetivación pasajera propiciada por el entorno estadounidense: “No estoy liberado de mí ni de mis viejas ineludibles obligaciones; sé que este estado de libertad es relativo y que mi yo no es éste que poseo hoy, sino el que poseía y el poseeré. Pero ahora soy un ente absolutamente desconocido, anónimo caído en esta cama como desde otro mundo. Soy un recién nacido, un ser que no tiene ni la responsabilidad de su pasado más próximo”.²⁹ Pocos días después reincide: “me tiendo en la cama y tomo ese baño. Me siento presa de una felicidad corporal, plácido, identificado con todos los seres que viven sin conciencia de ello”.³⁰

348

Como ocurriría años después en contacto con el peronismo, el cuerpo de Martínez Estrada cifra la clave interpretativa del ambiente en el que se inscribe. Lejos de confirmarlo en su amargura, este medio le impone una felicidad somática que trastoca su seguridad identitaria, revelando el inmenso poder de atracción de la vida norteamericana. El abandono a la corporalidad inconsciente vendría, por lo tanto, a replicar la fórmula de la felicidad estadounidense, plegada a una funcionalidad sin estorbos espirituales. Martínez Estrada, entonces, liberado temporalmente de su tarea como descomunal cabeza en busca de un cuerpo enajenado, transformado en puro organismo gozoso.

Aunque dichas, estas experiencias inquietaban a Martínez Estrada. Lo que estaba en juego era nada más y nada menos que su amargura: “El

²⁸ Gisela Catanzaro, *La nación entre la naturaleza e historia: sobre los modos de la crítica*, op. cit., p. 227.

²⁹ Ezequiel Martínez Estrada, *Panorama de los Estados Unidos*, op. cit., p. 31.

³⁰ *Ibíd.*, p. 73.

peligro para mí, ¿no estará en que pudiera quitarme mi lobreguez, mi trágico sentido de las cosas, mi olfato por la descomposición cadavérica? Rectifico: cualquier ser humano tiene que sentirse feliz aquí”.³¹ Una vez quebrado el círculo de retroalimentación entre la nación trunca y el intelectual atormentado, el método somático ponía en riesgo palpable al método amargo, obligando a que sujeto y objeto entablaran una lucha por la preeminencia. El puritano soporta fácilmente los disgustos. Es el placer el que lo desestructura.

Superado el embelesamiento inicial, Martínez Estrada recuperó sus reflejos críticos y la confianza en salir indemne de su incursión: “Mis principios son absolutamente incommovibles a este respecto; entre el Gideons y Platón no puedo hesitar ni ante el patíbulo. Espero salir tan limpio como entré; tan yo como yo”.³²

Sólo que aquí, por una vez, la esperanza es vana. En la necesidad de reafirmarse, Martínez Estrada acusa el cimbronazo. No se trata de coronar un ganador en la batalla entre sujeto y objeto. Empero, en los escrúpulos estradianos puede entreverse una diferencia fundamental con otra forma de escribir el cuerpo, presente desde el nacimiento mismo de la literatura norteamericana y actualizada en su tiempo por la obra de Henry Miller, que en los '40 continuaba proscripta por sus excesos pornográficos.

En su operatoria escritural, sin embargo, Martínez Estrada participó oblicuamente de esa tradición, que le era muy cara. Su antecedente metodológico debe buscarse, de hecho, en la unión de ciencia natural y autobiografía ensayada por los naturalistas del romanticismo, cuya variante norteamericana admiró en las obras de Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau.³³

³¹ Los encantos de la felicidad material también alcanzaron a Theodor Adorno, que compartía con Martínez Estrada su repulsión por todo lo que se asemejara a una mirada reconciliada con el mundo. Adorno dedicó fuertes diatribas a la nación de su exilio. Sin embargo, en la conferencia ya referida manifestó sin ambages su regocijo ante la escena de un niño consumiendo un ice-cone, símbolo del contraste entre la superabundancia norteamericana y la carestía de la Europa de posguerra.

³² Ezequiel Martínez Estrada, *Panorama de los Estados Unidos*, op. cit., p. 69

³³ Seguimos a este respecto el trabajo de Bernhard Kuhn en *Autobiography and natural science in the age of romanticism*, Ashgate, 2009.

Como sus predecesores, Martínez Estrada se lanzó contra el modo positivista e ilustrado de concebir y producir la separación y unidad de las disciplinas científicas. Lejos de aplicar el modelo del laboratorio al análisis de la sociedad, como intentaba la sociología canónica a través de la estadística, Martínez Estrada retomó una corriente alternativa de las ciencias naturales. De ella adoptó el gusto por las taxonomías improvisadas en entornos no controlados, la combinación de introspección y estudio minucioso del mundo extenso, la indistinción entre ciencia y literatura.

Es a partir de este modelo que Martínez Estrada reconoce el valor epistemológico del examen de conciencia. Si, por una parte, su experiencia corporal canaliza al materialismo pletórico y despreocupado de los Estados Unidos, el estudio del entorno lo enfrenta a sus propias determinaciones: “¿Estoy realmente inclinado a buscar y encontrar -por tanto- el lado desagradable de las cosas?”.³⁴

Esa reunión de autoconocimiento y conocimiento del mundo, ahora social además de natural, demanda una exposición del yo a estímulos del entorno que amenazan con desbaratarlo. Solamente así es posible escapar a la lógica reproductiva de la investigación académica, que da a conocer lo que ya sabemos confirmándonos, al mismo tiempo, como observadores impertérritos.

350

Por eso, en el mundo maravilloso de Ezequiel Martínez Estrada, donde prima la inversión, la incoherencia es norma metodológica, las naciones terreno de anagnórisis y la persona teatro de dramas y dichas colectivas.

Si la fortaleza de su carácter y la tenacidad de sus obsesiones admitían dispuestas la influencia de lo circundante, su andar de caminante no renunciaba a la erudición. No hay tabula rasa, ni omnipotencia del percipiente. Más que contraponerse, entonces, método amargo y método somático conforman un par que, contra las apuestas del subjetivismo y el objetivismo, instituye una filosofía del encuentro. La escritura es el testimonio de ese encuentro, especialmente en el diario íntimo, que anota peripecias y tribulaciones en un ejercicio por el cual el Yo, aun-

³⁴ Ezequiel Martínez Estrada, *Panorama de los Estados Unidos*, op. cit., p. 46

que implícito, puede reconstituirse, recuperar el aliento para afrontar la próxima jornada.

No puede sorprender demasiado, por tanto, que décadas más tarde, ya afincado en Cuba, Martínez Estrada desplegara una idea muy distinta de los Estados Unidos. Si en su *Diagrama* desecha la definición de Estados Unidos como nación imperial,³⁵ en *El verdadero cuento del tío Sam* el relato, acompañado por los dibujos de Siné, acusa la continuidad entre la política exterior de los Estados Unidos, el colonialismo esclavista y el fascismo. Cuando Viñas anota despectivamente el contraste entre el elogio de la desmilitarización de la vida civil expresado en el *Diario* y la posterior denuncia del intervencionismo norteamericano en América Latina, haríamos bien en recordar que esta duplicidad no hace más que expresar una nota fundamental de los Estados Unidos: la de contar con un gobierno federal cuya debilidad interior encuentra su contrapeso en una política exterior agresiva.³⁶

Para comprender a un Estado bifronte había que pararse a ambos lados de la frontera. A diferencia de la perspectiva, el método estradiano dependía de la movilidad del órgano de percepción. Una nación, como un rostro, se conoce por la yuxtaposición de sus perfiles.

VI.

En la primera década del siglo XX, Macedonio Fernández, Jorge Guillermo Borges, padre de Jorge Francisco Isidoro Luis, y Julio Molina y Vedia, traductor de Thoreau, fantasearon con la creación de una colonia anarquista en el Paraguay. El experimento no pasó de la ensoñación.

³⁵ “La teoría de Monroe expresa muy bien esta mirada de ‘lordland’ al mundo, sin que la grosera opinión generalizada de que ha sido un país imperialista tenga otra razón de veracidad que la de tratarse, en efecto, de un país que ha puesto en acción fuerzas y contenido de civilización imperialista, que no quiso emplear a fondo. Por lo que diríamos que es el país menos imperialista de la historia en cuanto a su destino, su fatum, era la expansión natural de sus sistemas al orden mundial”. Ezequiel Martínez Estrada, *Panorama de los Estados Unidos*, op. cit., p. 153. Alexis de Tocqueville, intérprete ilustre de la sociedad norteamericana del siglo XIX, también creyó percibir tal fatum geográfico y vaticinó que los Estados Unidos dominarían, algún día, la mitad del mundo. La otra mitad, presagiaba, quedaría en manos de Rusia.

³⁶ Para una formulación reciente de esta caracterización, ver el libro de Thomas Bender *Historia de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

Horacio Quiroga, que era uruguayo, desmontó una hectárea de selva misionera en la década del '30, reservada para su amigo Ezequiel, que nunca se decidió a la mudanza y, al momento de abandonar Buenos Aires, optó por centros urbanos en el extranjero. En 1956, durante una visita a Montevideo, el propio Martínez Estrada fundó, de palabra, la República de la Tierra Púrpura, refugio de la imaginación ante los inicios poco promisorios de la Revolución Libertadora.³⁷

Esa reticencia a pasar al acto resume bien la distancia con la corriente literaria norteamericana, admirada pero en última instancia ajena. Ciertamente es que la colonia trascendentalista de Brook Farm, inspirada en el pensamiento de Charles Fourier, terminó con un incendio devastador. Thoreau, por su parte, abandonó la cabaña a orillas del lago Walden luego de un par de años. El punto final, sin embargo, requiere del de partida.

Ese fervor pragmático explica en parte la fortaleza y fisonomía de la literatura norteamericana, sistema de relevos en el que la escritura preserva secretos prácticos. Aunque cerca de la revelación, Martínez Estrada se figuró como olvidado un legado que, en realidad, permanecía en estado de incorporación. Probablemente no fuera fácil descubrir esa presencia en los museos o las visitas oficiales, pues la posición del extranjero, tan encomiada epistemológicamente, tiene sus albures. Siempre está el riesgo de devenir turista.

Más allá de la exageración, el episodio norteamericano de Martínez Estrada coloca en el centro de la escena el hiato entre ambas geografías intelectuales. En otras palabras, entre una crítica asentada en la diatriba lacerante, la gimnasia retórica, la reclusión amarga, y otra afirmada sobre prácticas de desviación, periódicamente renovadas. Después de todo, las modalidades del disenso integran el patrimonio nacional, como currículum oculto de sus valores nodales y sus formas de dominación.

³⁷ Sobre este particular, el lector puede remitirse a la notable biografía de Christian Ferrer sobre Martínez Estrada, *La amargura metódica*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014. Allí consta también que Quiroga le recordaba a Jack London, por su pericia en la arte de la navegación.

Tal cuestión recuerda una insistencia de Martínez Estrada: la del peso del pasado sobre el porvenir, la de los invariantes históricos que se manifiestan en la reintroducción sibilina de lo pretérito, la de las pretensiones despóticas de lo que fue sobre lo que es. Su diario estadounidense es, en parte, la crónica de un encuentro imposible con sus maestros. Es también, lugar de confirmación del talante argentino de Martínez Estrada, de su propia fatalidad.

La tarea de leer a Martínez Estrada, de interpretarlo y discutirlo, no escapa a estos influjos.

Inicialmente, sus profecías e imprecaciones se nos ofrecen como una revelación. Nos reconocemos en ella. Comprendemos, al cabo, que se trata de una maldición.